

ALFAGUARA



Mike Wilson

Rockabilly

Para Alex & Lyman

*Only the lonely
Know the way I feel tonight
Only the lonely
Know this feelin' ain't right*

ROY ORBISON

Rockabilly

Rockabilly comenzó a cavar tarde, una noche de primavera, con una pala oxidada en el jardín trasero de su casa. Todo había comenzado un par de horas antes, estaba oscureciendo, las ventanas del vecindario empezaban a iluminarse y la mancha roja en el horizonte se atenuaba. En algunas casas parpadeaban televisores, en otras, las familias se reunían alrededor de la mesa a cenar. Pero Rockabilly no tenía familia ni televisor, él estaba en el living, bajo una ampolleta débil, arrodillado sobre un montón de periódicos viejos, sus dedos grasientos desarmaban una caja de cambio que había recogido del depósito de chatarras. Se pasó la mano por la frente, despejando el sudor y dejando en su lugar un borrón negro. Satisfecho, entró al baño a lavarse. Mientras se enjabonaba los brazos, tratando sin éxito de eliminar las manchas negras que se adherían a su piel, algo cayó del cielo.

Primero escuchó un silbido agudo, después un golpe seco en el techo, un destello y un impacto sordo en el patio trasero. Rockabilly salió corriendo del baño. El

borde del techo estaba en llamas y la canaleta colgaba precariamente. Sin entrar en pánico, buscó el extintor que guardaba en la cocina y sofocó el incendio. Una vez despejado el humo, Rockabilly inspeccionó el daño. Aparte de un semicírculo carbonizado, la única evidencia de que algo hubiese caído del cielo era una perforación del tamaño de una moneda, a través de la cual brillaba una estrella.

Rockabilly soltó el extintor y se quedó mirando el jardín trasero. Se rascó el mentón, contemplando el pequeño apocalipsis doméstico. Una bruma incandescente descansaba sobre el pasto, la tierra estaba herida y restos de vegetación yacían repartidos por el patio. Dio unos pasos hacia el centro del surco, siguiéndole el rumbo a una corriente de vapor. Mientras avanzaba, el movimiento de sus piernas perturbaba la niebla, permitiéndole ver por unos instantes lo que se escondía debajo de la superficie. Siguió con cautela hasta descubrir una fisura en el patio. Se hincó y pudo ver los contornos nebulosos de un pequeño cráter. La corriente de bruma se hundía en él.

Permaneció ahí unos minutos sin saber qué hacer. Pensó en llamar a alguien, los bomberos, la policía, a quien fuera, pero descartó la idea. Tenía un historial y prefería mantener un perfil bajo. Además, todo pa-

recía bajo control. El incendio estaba apagado, el techo no amenazaba con derrumbarse y el patio... a quién mierda le iba a importar el patio. En fin, estaba cansado, no había dormido la noche anterior y no tenía ganas de lidiar con las autoridades. Se restregó los ojos y decidió arreglar el lío en la mañana. Sin volver la mirada, encendió un cigarrillo y se acostó en el sofá.

Rockabilly ya llevaba cuatro años en la casa, pero no había encontrado el tiempo ni las ganas de comprarse una cama. De hecho, aparte de un par de sillas plegables, una pequeña mesa y un sofá deshilachado, la casa no tenía muebles. En su lugar había un sinnúmero de piezas de chatarra regadas por el piso. Tornillos, bujías, amortiguadores, motores desarmados, neumáticos vintage y caños oxidados. La simple idea de tener que ordenar el caos lo dejaba exhausto. Sin embargo, a pesar del agotamiento, no lograba calmarse, estaba inquieto. No dejaba de pensar en el cráter, en que podría ser una roca espacial, un pequeño meteorito o algo similar. Se acordó de un artículo que leyó en uno de los retazos de diario que usaba para proteger el piso. Algo sobre la conmemoración de los cuarenta años desde que el hombre pisó la Luna, decía que las rocas lunares que trajeron de vuelta valían millones de dólares. Rockabilly no podía sacarse ese

dato de la cabeza, la posibilidad de que una piedra espacial estuviese enterrada en su patio lo mantenía en vela. Ya se lo imaginaba, vendería el meteorito por miles de dólares, podría por fin comprarse las piezas que le faltaban para el low-rider.

Apartó la manta, se puso los jeans, fue al garage y tomó la pala.

La noche estaba cálida y la tarea era ardua. El objeto estaba más enterrado de lo que Rockabilly se había imaginado. Gotas de sudor se deslizaban por su rostro y la camisa se le pegaba a la piel. Se la sacó y siguió cavando con entusiasmo. No le cabía duda de que con cada jadeo y gruñido se acercaba a su premio.

Mientras Rockabilly seguía paleando, y sin que él sospechara de su presencia, ella lo observaba desde una ventana oscurecida. El brillo de su mirada delataba el mismo fervor que contaminaba los ojos de su vecino. Desde la seguridad de su propia casa, espiaba como Rockabilly hacía fuerza, como los músculos de sus brazos y torso se tensaban, como el tatuaje de la chica pin-up que abarcaba su espalda parecía bailar bajo el plenilunio.

Suicide Girl

Estoy en mi dormitorio, mirándome al espejo, tratando de verme de una forma que no me dé asco. Escruto mi rostro, buscándole un ángulo, una sombra, una expresión, algo. Sé que no soy fea, sé cómo me miran los chicos del colegio, creo que me consideran atractiva, pero en este momento no logro convencerme. Abro el cajón y saco el maquillaje, sombra oscura, el rouge más rojo que encuentro. Me pinto, quiero parecerme a ella, me amarro el pelo, tomo el delineador, me dibujo un lunar en la mejilla y un tatuaje en el brazo, es la silueta de una mujer, me la imagino posando en un traje de baño como los de antes. Así me veo mejor. Estoy a punto de apartarme de mi reflejo cuando un resplandor llena mi dormitorio. Siento la luz, la siento pesada, como si me golpeará, me penetra la carne, me traspasa, me transforma. Todo ocurre en cuestión de segundos, la luz es seguida por un estruendo, algo, tierra, salpica mi ventana, mi lagarto se oculta detrás de una piedra. Luego oscurece, el silencio vuelve a descender sobre el vecindario y a los pocos

instantes los grillos reanudan sus chirridos, como si ya no pudieran aguantar más la respiración.

Me asomo por la ventana y veo a mi vecino con un extintor, apagando un pequeño incendio en un extremo del techo. Me muerdo el labio y suspiro. Siempre lo hago cuando veo a Rockabilly, no me puedo aguantar. Creo que paso más horas espíandolo que en cualquier otra cosa. Conozco su rutina. Sale a observar el cielo cuando el sol se está escondiendo, de ahí no vuelve a aparecer hasta la mañana, temprano, antes de irme al colegio. Mamá se enfurece cuando me sorprende mirándolo, me dice que una niña de quince años no debería andar espionando gente, menos a un grasiento como Rockabilly y sus autos mugrientos, sus motos infernales, sus tatuajes pornográficos y no sé qué más. Ah, y que encontraba preocupante que una niña de mi edad pusiera semejante cara de calentona al mirar a un hombre de más de treinta años, que yo estaba jugando con fuego.

Rockabilly ya no está en su patio. Me tiro sobre la cama y cierro los ojos. Odio mi dormitorio, no quiero ver más superficies rosadas. Otro capricho de mi mamá. Ella controla la apariencia de mi pieza. No ha cambiado desde que tengo siete años. Paredes rosadas, cortinas rosadas, clóset rosado,

tocador rosado, infierno rosado. Mi único «lujo» es Chuck, mi lagarto. El día que me lo regalaron fue un día negro para Mamá. Ella lo odia, cree que es un bicho y que porta quién sabe qué peste. Desde que me dijo eso, adoré a Chuck, fui a la tienda de mascotas y le compré todo lo que necesitaba. Ahora vive en un terrario sobre mi escritorio, amoblado con un par de piedras lisas, arena, una rama seca y una lámpara de calor. Los reptiles necesitan calor, si no se ponen tiesos.

Lo oigo rasquetear. Abro un ojo, Chuck me mira fijo, tiene las patas delanteras plantadas y extendidas, el cuello estirado, algo le pasa, se ve nervioso. Esa luz extraña lo debe haber espantado. Me quedo quieta, sin hacer nada. Chuck se estira más y su lengua se asoma. Me levanto de la cama, Chuck se vuelve loco, se alza sobre sus ancas y sus pequeñas garras comienzan a rasquetear el vidrio del terrario. Me acerco y se desespera aún más.

¿Qué te pasa, Chuck?

No aparta la mirada de mí, pero al aproximarme me doy cuenta de que sus diminutos ojos no buscan los míos, se fijan en mi cuerpo, en mi pecho. Bajo la mirada y veo que del lado izquierdo de mi camisón hay un círculo mojado.

Uno de mis pezones gotea leche.

Babyface

La cabeza me pesa, me cuesta abrir los ojos, mi cuerpo yace inmóvil sobre el sillón lay-z-boy, mi manos no responden, lonjas de plomo, logro entreabrir los párpados, veo sombras desdibujadas. Consigo despegar un brazo y palparme el rostro, abarcar mi cráneo ciclópeo. De a poco voy redescubriendo la extensión de mi cabeza. Enorme, redonda, suave. Me paso los dedos por la pelusa sedosa que apenas cubre la cresta de mi cuero cabelludo. Respiro hondo, un par de veces, intentando oxigenarme. Tanteo mi muslo hasta encontrar el catéter, jalo de la sonda, siento como se desprende de mi vejiga y como arde al deslizarse de mi pene. Me mojo un poco. Tengo la lengua seca, se me olvidó sacarme la dentadura, las encías me duelen. Vuelvo a aspirar, cierro los ojos, busco la palanca del sillón y me enderezo. Dejo que la gravedad se encargue de evacuar los fluidos acumulados en mi cabeza. Duele, es como si me desgarraran el cerebro desde el vientre. De a poco, mis sentidos se agudizan, mi vista se restaura, recupero el movimiento de las

piernas y del otro brazo. Me seco la saliva del mentón y estoy por estirar la mano para encender la lámpara cuando un fulgor invade mi living. Alzo el antebrazo para protegerme los ojos, pero antes de que pueda cubrirlos, el resplandor desaparece. Quiero ir a ver de qué se trata, mi cuerpo aún no me lo permite, debo esperar un poco más.

No sé cuánto tiempo ha pasado, creo que volví a quedarme dormido. Escucho un sonido áspero, repetitivo, que viene de la casa del vecino. Me alzo, mi bata abierta, tambaleo un poco, me afirmo contra la pared y me dirijo hacia el ventanal del patio. Veo mi reflejo en el vidrio y aprieto la quijada. No logro acostumbrarme a mi apariencia, el cuerpo hinchado, alto, una barriga densa y redonda. La piel amarillenta y la cabeza... aparto la vista. Los chicos de la otra cuadra tienen razón, soy un Gerber grotesco, un asco.

Hace tres años, mi cuerpo comenzó a deteriorarse, la carne de mi cabeza se hinchó, creció, el cráneo también, se me cayeron los dientes, el cabello, me salió una pelusa, se me agrandaron los ojos y las orejas. Inicialmente los doctores no sabían qué era, publicaron artículos, me fotografiaron, me palparon, midieron, nada. Hasta que un día un paleovirólogo descubrió que sufría de un virus que se creía extinto. Y que provoca un mal llama-

do ICF, *Infantilismo cráneo-facial*. La cabeza que me devuelve la mirada en el reflejo es la de un bebé de cuarenta y tres años.

Apoyo la frente contra el vidrio y bloqueo la luz con las manos para ver qué ocurre en la oscuridad del patio vecino. Me cuesta, pero mis ojos se acostumbran a la penumbra. El torso sudado de Rockabilly brilla a la luz de la luna mientras cava afiebradamente. El pozo le llega hasta las rodillas. El movimiento rítmico de su tarea hace que ese tatuaje que cubre su espalda pareciera tomar vida. Me cierro la bata. Lo observo un rato más, tratando de descifrar qué busca, qué trama. Me acuerdo de la luz, ese fulgor que invadió mi casa. Me comienza a doler la cabeza, es la posición, la aparto del ventanal, siento como la piel de mi frente se despega del vidrio, dejando en su lugar un rastro de humedad. Hay algo raro, me cuesta enfocar la vista, alcanzo a hacerlo justo a tiempo, antes de que la huella de humedad se desvanezca. Veo las letras translúcidas escritas por el sudor, se reducen, como un código anorético a punto de expirar. La palabra se evapora y el vidrio recupera su transparencia. Sin embargo, cuando cierro los ojos, las letras siguen ahí. Claras, pulcras y nítidas.

K I L L

Bones

Esa luz me hizo algo. Mi cabeza está llena de cosas, ideas, palabras, creo. No dejo de jadear, me cansa, siento que una abeja se ha metido en mi cráneo. No para de zumbar. Algo tiene que ver con el vecino. Me rasco, me rasco, me rasco. No sé por qué, pero desde que vi esa luz, mi cabeza me habla, cada vez que hago algo, me lo dice. Me rasco. Me supera, no lo puedo evitar. Camino hacia la cerca. Camino a la cerca. Sé que el vecino está en su patio, puedo oler su culo. Huelo su culo. Está a unos ocho metros. Huelo su culo. Conozco los culos del vecindario. Sé cuándo salen al patio. En este momento el culo de Rockabilly está en su patio. Me rasco. Me rasco. Me aproximo a la cerca. Me alzo sobre mis patas traseras. Veo el culo de Rockabilly. Su culo está cavando. Yo sé cavar. Es una de las cosas que hago. Cavar, cagar, comer, dormir, cavar, rascar, cavar. También huelo el culo del otro vecino, Babyface, pero está más lejos, puertas adentro, igual lo huelo, huele a talco. Me rasco, me rasco. Más lejos está Suicide Girl, huelo su culo, pero también huelo leche.

Quiero leche. Quiero leche. Quiero leche. Me dan ganas de ladrar. Hago mi ladrido de hambre. Lo hago dieciocho veces: ¡hambre! ¡hambre! ¡hambre! ¡hambre!... y así hasta quedar conforme. Vuelvo a mirar el hoyo que el culo de Rockabilly está cavando. Algo me molesta. Yo sé cavar. Sé cavar, pero no me sale así. Me da vergüenza. Quiero cavar así. Quiero su pozo. Entrar en él, girar seis veces y acostarme. Odio el culo de Rockabilly, me humilla, quiero el pozo del culo de Rockabilly. Debo tramar algo. Me rasco, me rasco. No sé tramar. Debo conseguir que mi cabeza me diga cómo tramar. Vuelvo a asomarme. Veo la carne dibujada, la mujer en la espalda del culo de Rockabilly. Ella huele distinto. Me mira y huele distinto. Sus ojos me hablan. Me ofrecen lo que deseo. Me dicen cómo obtenerlo. No entiendo cómo, pero sé lo que debo hacer.

Hay un gruñido en mi pecho.

Suicide Girl

Lo veo cavar. Apago las luces de mi pieza y abro mi ventana para observarlo mejor. Ella está con él, siempre está con él. Hermosa, seductora, eterna. Él entierra la pala con fuerza, ella reacciona, mece las caderas, como si intentara sacudirse las gotas de sudor que bajan por la espalda de Rockabilly. Veo el pecho voluptuoso de la pin-up y pienso en mi propia teta. Se está hinchando cada vez más, duele, me veo rara, el pecho disparejo. Me sigue saliendo leche del lado izquierdo. Cubrí el pezón con una toallita higiénica, pero no hay caso, el líquido no se demora nada en traspasarla. Tengo miedo, quiero avisarle a Mamá, quizás ella sepa qué me pasa, puede que sea algún resto de la pubertad, no sé, algo hormonal, ella debe saber. Pero me arrepiento, estoy segura de que ella va a pensar lo peor, que estoy embarazada o algo así. Mamá está convencida de que soy una pequeña puta. Una vez la escuché hablando con una amiga que viene de cuando en cuando, yo estaba en el pasillo, ellas en la cocina. Mamá le dijo que se había dado por vencida conmigo, que tenía

una hija que se vestía como una suelta y que no le cabía duda de que me había tirado a más de uno. Desde ese día no he dejado de odiarla. Me da lo mismo lo que piense de mí, ni me molesto en contarle que aún soy virgen, que le tengo miedo al sexo. No es que no tenga ganas, hay veces en que me llega a obsesionar el tema, pero prefiero imaginármelo solita... lo otro parece doloroso, como de monos, no sé.

Me sorprende una puntada. Me aguantó el grito. No doy más, me duele, tengo el camisón empapado. Admiro a Rockabilly unos segundos y cierro la ventana. Mientras me amaso, me acuerdo de algo que podría aliviarme el dolor. Mamá todavía guarda la bomba eléctrica para sacarse leche de cuando yo era bebé. La encuentro en un cajón del baño, está en su caja original. Regreso a mi dormitorio, cierro la puerta, leo las instrucciones y enchufo el aparato. Sigue funcionando. Me saco el camisón, Chuck se pone histérico, da saltos, rasca el vidrio, se azota la cabecita contra el cristal. Me perturba, cubro el terrario con una manta. Sigo escuchando su rasqueteo. Lo ignoro. Me miro el pecho desnudo, mi lado izquierdo casi duplica el tamaño del derecho. Aplico la copa de succión y la presiono contra mí tal como lo indican las instrucciones. Con la otra mano me aprieto, como si estuviera

exprimiéndole jugo a una fruta, no sé si lo hago bien, pero no me queda otra. Enciende la máquina, comienza a zumbar y siento como la succión me estira el pecho, siento un ardor en el pezón. De pronto, la leche comienza a salir a chorros, no es un flujo continuo. Chorro, pausa, chorro, pausa, chorro. Me da risa. Después de unos diez minutos siento alivio, mi lado izquierdo ya no está hinchado, el pequeño recipiente que viene conectado a la bomba está casi lleno. La leche se ve cremosa, rica, la botella está tibia, por un segundo quiero probarla, pero recapacito y pongo cara de asco. Destornillo el frasco de la máquina y me abotono el camisón. Por si acaso, me dejo una toallita puesta.

Chuck sigue rasqueteando. Siento pena por él, lo destapo. Ve la botella de leche en mi mano y se pone tieso, clava los ojitos en el líquido cremoso. No sé por qué, pero comprendo exactamente lo que debo hacer. Me asomo al terrario y acerco la mano para llenarle el platillo, pero no alcanzo a servirle la leche. Chuck da un salto y me muerde la muñeca. Suelto la botellita y retraigo la mano. Me sale sangre. Me llevo la herida a los labios. Nunca antes me había atacado, lo miro asustada. Chuck no parece estar consciente de lo que me hizo, tiene la cabecita agachada, bebiendo con desespera-

ción la leche vertida. Me quedo observándolo un rato. Sé que los reptiles no son capaces de expresiones faciales, pero juro por Dios que en el rostro de Chuck se ve una euforia siniestra... insaciable.